

El encuentro de Teresa con Van
Isabel de la Trinidad
Testimonios de dos seminaristas
Recemos con el hermano Marcelo

Presentación

“Dios es Padre, y este Padre es amor” Maravilloso anuncio que da Santa Teresita a Van. Anuncio que el Padre Santo da a cada uno de nosotros en este último año preparatorio al gran Jubileo.

*Gracias a ti Padre buenísimo,
por el don del año.
Haz que sea un período favorable,
un año de vuelta general a la casa paterna,
en la que, con tu gran amor, esperas a tus hijos extraviados
para darles el abrazo del perdón
y acogerles en tu mesa vestidos de galas.*

Ante un amor tan grande, con el corazón muy agradecido y la sencillez de mi niño, quiere Van, con un ímpetu de amor, entregarse al Dios Trino. Habría podido hacerse con la oración tan hermosa de Isabel de la Trinidad: “Dios mío, Trinidad a quien adoro, ayudadme a olvidarme del todo para sentarme en vos”. Nos muestra el Padre Jean Remy que fue un mismo ímpetu el que moró en los corazones de Isabel y de Van, el de la santidad, a la que se nos llama a todos.

Santidad que se origina en nuestra filiación del Padre, filiación que el Padre Imagghue, profesor de sagradas escrituras y de teología en la abadía San Wandrille nos explica de modo que comprendamos bien las palabras de Teresita sobre la paternidad de Dios.

Dos seminaristas marfileños nos comunican su alegría por conocer a Van. Se manifiesta a ellos como un hermano mayor que les guíe y les proteja durante toda su vida sacerdotal.

Las oraciones son exhortaciones de Teresita a que no nos desanimemos nunca, nos dejemos llevar por el fuego del amor y abramos los ojos de par en par, los ojos de la fe para ver y contemplar al Padre que nos ama.

Padre Olivier de Roulhac m.b.

El encuentro de Teresa con Van

Van, en pos de santidad, buscaba un modelo a quien pudiera seguir con todo el ardor de su corazón lleno de amor por Jesús. Desgraciadamente, las vidas de santos que había leído ponían de relieve, según el estilo hagiográfico de la época, las hazañas de su ascetismo. A decir verdad, las descripciones dadas hacían de ellos superhombres (o supermujeres) capaces de quedar varios días sin comer, sin beber, sin dormir, guardando al mismo tiempo suma delicadeza para cuantos vivían con ellos. Tales panegíricos, tan

alejados de lo real, sólo podían desanimar a un alma tan sencilla e ingenua como la de Van. Después de rezar largo rato a la Santísima Virgen, le pide que le guíe el brazo para escoger un libro al buen tón en la biblioteca del seminario de menores de Langson, y se compromete a leerlo entero.

Es así como coge “Historia de un alma, vida de una carmelita de Lisieux”. Título muy poco atractivo, pero había prometido leer aquel libro. Desde las primeras páginas, está colmado por la felicidad y deja correr lágrimas de gozo.

“Lo que me conmovió hasta lo sumo, fue el razonamiento de Santa Teresita. Si Dios se bajara sólo hacia las flores más hermosas, símbolo de los santos doctores, su amor no sería un amor absoluto, pues lo propio del amor es rebajarse hasta lo último. Luego, haciendo el ejemplo del sol, escribe: ¿lo mismo que ilumina el sol a la vez el cedro y la florecilla, lo mismo el Astro divino ilumina particularmente a cada una de las almas, grandes o pequeñas”

Oh, ¡qué razonamiento más sencillo en su profundidad! Al leer estas palabras, pude comprender un poco la inmensidad del corazón de Dios que sobrepasa todos los límites creados. Lo que significa que es infinito. Por eso, sin necesitar razonar más, encontré en esta palabra la clave que me abría una vía recta y agradable conduciendo hasta la cumbre de la perfección. Comprendí que Dios es amor y que el Amor se conforma con todas las formas del amor. Por consiguiente, puedo santificarme mediante todas mis pequeñas acciones, como una sonrisa, una palabra o una mirada, con tal que lo haga todo por amor. ¡Oh! Qué felicidad! Teresita es una santa que corresponde del todo con lo que pensaba acerca de la santidad. En adelante ya no temo llegar a ser un santo. Encontré una vía que, menos de un siglo antes, siguió un alma y aquella alma alcanzó el blanco supremo, lo mismo que otras muchas almas que, antaño, siguieron una vía dolorosa y sembrada de espinas. Es la vía del amor de Santa Teresita del Niño Jesús.”

Al día siguiente de aquel hallazgo, escuchémosle darle las gracias a su querida mamá, la Virgen María.

“Aquel día, me levanté muy animoso, en forma, con el corazón siempre desbordante de alegría. Nunca había visto hasta entonces tan hermosa mañana. Después de ofrecer la jornada, me fui enseguida al altar de María y le dije. Santísima Virgen, Madre mía, hoy es de verdad el primer día que se me da probar una felicidad tan apacible, el día que me introduce en una vía nueva. Siento que Dios me ama; y porque me ama, me llamó a que le siguiera por el sendero de la perfección. Madre, su amor es, de verdad un amor infinito, y al ver tanto amor, no sé qué palabras usar para decirle cuánto le agradezco, ni qué corazón ofrecerle, capaz de un amor que corresponda con su amor. Permite que acuda a ti con mi pobre corazón, que lo ponga entre tus manos, para ofrecérselo por ti al Dios Trino. Bien sabes además que la digna ofrenda que presento al Dios Trino sólo es el amor de Dios; pero para recibir este amor de Dios, sólo tengo mi pobre corazón. En adelante, Madre, guíame por mi nueva vía; enséñame a amar a Dios perfectamente y a ofrecerme a él con toda confianza. Me atrevo a expresarte un deseo más; ojalá estuviera envuelto con tu amor como antaño estuvo envuelta Teresita, tu florecilla blanca como la nieve. Incluso deseo que me des a aquella santa de guía por su “pequeña vía” ¡Oh! Entonces, ¡qué felicidad para mí! Pues siento que mi vida no puede librarse de los sentimientos de la niñez que grabó Dios en mi alma como un don innato”.

A Dios le gusta contestar favorablemente a las oraciones hechas con mucha confianza. Él mismo inspira las peticiones más atrevidas, haciéndonos desear el bien que

nos fue preparando. Así, gracias a la petición de Van, Dios puede mandarle a Santa Teresita de Lisieux. Escuchémosla:

“Dios me otorgó conocerte hace muchísimo, es decir, incluso antes de que existieras. Tu vida pareció en la mirada misteriosa de la Divinidad, y yo, te vi en la luz procediendo de aquella misteriosa mirada. Te vi y Dios me encargó que velara por ti cuidadosamente como el Ángel custodio de tu vida. Estaba contigo, siguiéndote paso a paso como una madre junto a su nene. Grande fue mi alegría, al ver en tu alma elementos de perfecta semejanza con la mía, y un concepto del amor no difiriendo en nada del mío. Este es un efecto del amor divino que lo dispuso así con su sabiduría.

Ahora, hermanito, voy a hablarte del corazón del Padre. Escúchame bien [596]. Dios es nuestro Padre. ¿Qué te sugieren estas palabras? Naturalmente, suscitan en tu alma sentimientos de profundo cariño, ¿verdad?

- Sí, hermana, eso es. Prefiero llamar a Dios Padre más que Señor.
- Aunque es siempre Señor, actúa con nosotros sólo como un Padre con su

niño. En cuanto a su majestad divina, sólo la manifiesta con los orgullosos que resisten sus mandamientos: quiero decir que Dios se halla obligado a mostrar su majestad sólo para con aquellos a los que no les gustan sus sentimientos de Padre.

Hermanito, escucha. Sigo. Pues Dios es Padre, y este Padre es Amor. Es de una bondad y una benevolencia infinitas. Sólo lo infinito puede dar cuenta del sentido del nombre de Padre dado al Dios Trino. Nada más contemplar las criaturas materiales de este mundo, nada más mirar en torno tuyo y en ti, puedes reconocer cuan bueno es Dios y cuanto nos ama!

[597] Desde aquel día en que pecaron nuestros primeros padres, Dios ha debido hacer sentir su ira e infligir un castigo a la humanidad. Y desde entonces, el temor que fue llevando el pobre corazón humano le hizo temblar y hasta le quitó el pensamiento de un Dios Padre, infinitamente bueno. Sin embargo, incluso en estas condiciones, Dios actuaba para con la humanidad ingrata con sentimientos de Padre. Pues si hubiera hecho sentir en aquel instante su majestad divina, ¿cómo hubiera podido subsistir la humanidad hasta ahora? Entiendes, hermanito?

Apenas había anunciado Dios el castigo a nuestros primeros padres cuando les prometió enseguida una fuente de esperanza: mandaría a su Hijo a hacerse hombre en la tierra para devolver a la humanidad la gracia perdida por nuestros primeros padres. Después de tan grande señal de amor, ¿qué más podía hacer? Y sin embargo, incluso desde aquel día, nadie se atreverá a dar a Dios el nombre de Padre. Sólo después de la Encarnación del Verbo se dio a Dios, el nombre de Padre, Jesús Salvador del mundo y enseñó al mundo a usar este nombre para rezar al Dios Altísimo.

Van, querido hermanito mío, lo ves, Dios es nuestro Padre. Pero porque no se atrevía el hombre, pobre pecador dominado por el temor a dar a Dios el nombre de Padre, Dios mismo se bajó haciéndose hombre, para recordar a sus hermanos la existencia de una fuente de gracia que el Amor del Padre había hecho brotar y que seguiría brotando sin fin. Después, con sus propios labios, nos enseñó a darle el nombre de Padre.

Sí, Dios es nuestro Padre, nuestro verdadero Padre, Padre muy real, y no padre adoptivo tal como lo describen muchos oradores famosos que afirman: “sólo Jesús es el verdadero Hijo de Dios; en cuanto a nosotros, sólo somos hijos adoptivos”. Hermanito, no te fíes nunca de las comparaciones de que se valen para probar sus afirmaciones, pues, aunque lo que dicen es razonable, sólo estriban en la razón humana, sin remontarse hasta la razón postrera, el amor de Dios. Ser los hijos de Dios, esto es para nosotros una felicidad inmejorable.

Dios es nuestro Padre bien amado. ¡Hermanito querido! Quisiera recordarte sin cesar este nombre tan cariñoso. Te pido que te ejercites en adelante en recordar constantemente este nombre de “Amor” y en no parecer nunca preocupado o quedar temeroso en presencia de este Amor infinitamente paterno. Sí, recuerda siempre que Dios es Padre, que te colmó de gracias, que nunca se negó a corresponder a tus menores deseos, que muchas veces incluso contestó favorablemente a tus oraciones más allá de lo que deseabas. De verdad, todo proclama la bondad y la potencia de Dios; y esta potencia, sólo la usa para manifestar la bondad de su corazón para con las criaturas.

No tengas nunca miedo a Dios. Es el Padre muy amante, sólo sabe amar y desea ser amado de igual modo. Anhela por nuestros pobres corazoncitos sacados de sus propias manos creadoras, y en los que puso una chispa de amor procediendo del mismo foco de su Amor y su único deseo es recoger estas chispas de amor y unir las con su Amor infinito, para que subsista nuestro amor para siempre jamás en el suyo. Por fin, será también la fuerza de atracción del Amor la que nos atraiga a la eterna patria del Amor. Ofrece a Dios tu corazoncito [600]. Sé sincero con él en cualquier circunstancia y con todas tus actitudes. Cuando sientes alegría, ofrécele esta alegría que regocija tu corazón, y así, le comunicarás tu alegría.

¿Habrá felicidad comparable con la de amarse uno al otro y comunicarse cuanto se posee? Actuar así con Dios, es decirle un “gracias” que le gusta más que millares de cánticos conmovedores. Sí, al contrario, te va dominando la tristeza, díselo también con un corazón sincero; Dios mío, ¡qué triste estoy y pídele que te ayude a aceptar esta tristeza con paciencia. Cree bien esto: no le agrada nada a Dios tanto como el ver en esta tierra un corazón que le quiera, que queda sincero con Él, a cada paso, con cada sonrisa, como también con las lágrimas y los pequeños placeres de un instante.

Ahora, hermanito, quizá quede algo que temas mucho: ten la paciencia de escucharme para ejercitarte y te irás acostumbrando. Cuando hablas a Dios, hazlo con mucha sinceridad, como si hablaras con los que te rodean. Puedes contarle cuanto quieras; [601] hablarle de una partida de bolas, de la ascensión de un monte, de las travesuras de tus compañeros para contigo; y si pasa que te enfadas con alguien, díselo también a Dios con gran sinceridad. A Dios le agrada escuchar, más, anhela oír estas menudencias de las que la gente es demasiado parca con Él. Pueden dedicar horas contando chistes con sus amigos, pero cuando se trata de Dios quien anhela oír menudencias semejantes hasta el punto de llorar riendo, ya no hay nadie que se las cuente. En adelante, hermanito, no seas parca con las menudencias de tu vida con Dios. ¿Verdad? Se reía Teresita.

- Pero, santa hermana, Dios ya conoce perfectamente todas estas cosas, ¿para qué contárselas?
- Eso es, hermanito, Dios lo conoce todo perfectamente. Desde la eternidad, está presente todo ante sus ojos. Desde la eternidad también conoce Dios perfectamente todo esto, sin que sea necesario que nadie le entere. Sin embargo, para “dar” el amor y “recibir” el amor, debe bajarse hasta el nivel de un hombre como tú; y lo hace como si se olvidara del todo que es Dios, que lo conoce todo, con la esperanza de oír una palabra íntima brotar de tu corazón. Dios actúa así porque te ama, quiere así [602] colarte de gracias valiosas, comunicarte los buenos deseos y todas las delicias que prueba uno en su Amor.

Quiero aquí valerme de un ejemplo. Cuando quiere un papá dar un beso a su nenito, necesariamente, no puede quedar plantado, derecho, y exigir, perezoso que su nene se alce hasta sus labios para recibir este beso en la mejilla. ¿Podría llamarse este beso un beso de

verdad cariñoso? ¡Claro que no! Para dar un beso a su nenito, es evidente que el papá debe inclinarse mucho hasta que esté al alcance de su rostro, o también, cogerle en sus brazos; en ambos casos, debe bajarse.

¿Has entendido, hermanito? Dios es nuestro Padre amante. Para manifestarnos su amor y recibir el amor que le ofrecemos; consintió en rebajarse a sí mismo hasta nosotros. No es nada difícil para el Amor rebajarse así. La única dificultad ante la que Dios parece hallarse impotente, es comprobar nuestra falta de amor y confianza en él. Queda rechazado de modo muy injusto, y, sin embargo, Él, no nos rechaza nunca.

Hermanito, para consolar a Dios, sigue mi consejo; no seas nunca avaro en las cosas de que acabo de hablarte.

Estate siempre dispuesto a ofrecerle tu corazón, tus pensamientos y todos tus actos; acogerlos será para Él como acoger un nuevo paraíso en el que toda la Trinidad se deleite. Recuerda esto: aunque es Dios, nuestro Padre celeste no desprecia nunca las menudencias de la vida. Le gustan las cosas al parecer insignificantes como los espectáculos más grandiosos, pues todo esto es la obra maravillosa de su Amor. Además, para poder afirmar que hay amor, es necesaria la unidad; ahora bien, la unidad entre dos amores exige por ambas partes, conocimiento personal y comprensión mutua. Por su parte, Dios, nuestro Padre bien amado, se conoce personalmente y nos comprende a fondo. En cuanto a nosotros, necesitamos de él para conseguir conocernos a nosotros mismos y comprenderle. Por consiguiente, si no quisieras colaborar con Él para la obra que conduce a la unidad, comunicándole todas tus intenciones, tus palabras, tus acciones y todas tus gestiones, jamás podrías alcanzar la unidad. [604] Hermanito, trata de pensarlo, para experimentarlo.

En nada exagero. Te amo, porque eres un alma que integra mi falange de Amor. Dado que eres mi hermanito, mi único deseo es verte cumplir las obras que desea de ti tan intensamente el Amor divino. Vamos, hermanito, escúchame. En adelante, al tratar con tu Padre celeste no dejes de seguir mis consejos.

Ahora, ya se hace tarde, permite que deje aquí nuestra plática. Pues ya es hora de la comida; te están esperando Tam y Hién, y Tam empieza a impacientarse... Te doy un beso ... Aún tendremos muchas oportunidades de platicar juntos y podremos hacerlo en cualquier sitio, sin temor a que nadie lo sepa”

Aut. 571-604

(Suite, p- intitulées A.B.C.D., etc...)

(Continuación, p. Llamadas A.B.C.D, etc...)

Van e Isabel de la Trinidad tienen 14 años

Sí, tiene 14 años en 1942, el pequeño Van cuando topa el mejor día, en la casa parroquial de Santa Teresita del Niño Jesús, en Quang-Uyén en el Tonvín, con “la historia de un alma”, y el alma de Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz que tanto importará en su vida.

¡Está conmovidísimo llora a mares tendido pero sobre todo, comprende lo que va a ser el motivo de toda su vida y su muerte en el campo de Yen-Bay el 10 de julio de 1959.

Acto seguido después de leer este libro, se dirige a la Virgen Santísima: “Virgen Santísima, Madre mía, hoy es de verdad el primer día que se me otorga probar una felicidad tan sosegadora; el día que me introduce en una vía nueva. Siento que Dios me ama, y porque me ama me llamó a que le siguiera por el camino de la perfección.

Madre, su amor es, de verdad, un amor infinito, y al ver tanto amor, no sé qué palabras usar para decirle mi agradecimiento, ni qué corazón ofrecerle que sea capaz de un amor que corresponda con su amor. Permite que a ti acuda con mi pobre corazón, que lo ponga en tus manos, para ofrecerlo por ti al Dios Trino”.

Sí, tiene 14 años en Dijon en 1894 la pequeña Isabel Catez quien se volverá la bienaventurada Isabel de la Trinidad. Vive con su madre, viuda, y su hermana menor “Guite” (Margarita) calle Prieur de la Côte d’Oz en Dijon. Desde los 7 años, ha sentido misteriosamente la llamada de Dios a que se hiciera monja, y un día, después de recibir al Cuerpo de Cristo, “Isabel” Catez se siente impulsada irresistiblemente a consagrarle toda su vida.

Cuenta ella misma: “Iba a cumplir los 14 años, cuando un día, durante la acción de gracias, me sentí impulsada irresistiblemente a elegirle de único esposo y sin demora, me vinculé con Él por el voto de virginidad. Ambos callábamos, pero nos dimos uno al otro amándonos con tanta intensidad que la resolución de ser toda suya se volvió en mí aún más definitiva.

Encontramos en ambas confidencias de mozalbetes los elementos esenciales de una vocación a la santidad (aquella a que se nos llama a todos).

Dios nos ama con un amor infinito. Este amor espera una contestación de amor. Es la extraordinaria reciprocidad a la que ese nos convida a todos. Afirma Van: “Al ver tanto amor, quiero ofrecerle un corazón capaz de un amor que corresponda con su amor”. Lo dice también Isabel: “Nos dimos uno al otro amándonos con tanta intensidad que la resolución de ser toda suya se volvió en mí aún más definitiva”.

Pero no basta amar y ser amado, hay que dar pruebas de este amor por actos. Van comprende enseguida: “quiero seguirle por este camino de la perfección” y sabemos como esta resolución va a concretarse durante toda su vida de novicio y más aún durante su detención en los campos de rehabilitación. Isabel decide lo mismo: “me ofrezco a Él por el voto de virginidad” y nos enteramos por su diario, sus cartas, sus poesías y tratados espirituales como llevó a cabo aquel amor esponsalicio.

El amor de Jesús siempre conduce al Amor de la Trinidad: “nadie alcanza al Padre sino por mí”. Van va a ofrecer su corazón al Dios Trino. Isabel no cita la Trinidad en esta carta confidencia, pero sí toda su vida de carmelita va a ser consagrada a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a quien se dirige en su oración sublime “Dios mío, Trinidad a quien adoró”

Por fin, sólo hay vida cristiana, vocación sacerdotal o religiosa mediante la intercesión de la Virgen María. Así reacciona Van enseguida: “Santísima Virgen María, Madre mía, permitid que acuda a vos con mi pobre corazón y lo ponga en vuestras manos para ofrecerlo por vos al Dios Trino”. Lo mismo hará Isabel cuando después de negarle ingresar en el Carmelo su madre por fin se lo consiente: “María, Madre bien amada, Virgen a quien tanto invoqué; Madre, sobra mi felicidad, ¡cuánto gozo en mi corazón!”

A los 14 años, tanto Van como Isabel lo han recibido todo, lo han comprendido todo, lo han dado todo. ¡Ojalá nos ayuden, cualquiera sea nuestra edad, cualesquiera sean las circunstancias concretas de nuestra vida a que adelantemos como ellos, con ellos, por el mismo camino, el de la santidad “por la Gloria de Dios y la salvación del mundo”.

Padre Jean Rémy

Sacerdote de la diócesis de Cambrai

Isabel de la Trinidad

1880 - 1906

Isabel de la Trinidad, nacida en 1880, es contemporánea de Teresita de Lisieux (leyó “la historia de un alma”) A los 14 años, desea ingresar en el Carmelo, pero su madre exige que espere a los 21 años para cumplir su deseo. Ingresada en el Carmelo de Dijon, escoge el nombre de “Isabel de la Trinidad”. Muere 5 años después, tras 8 meses de sufrimiento.

Durante toda la vida, se maravilla del amor con que Dios le ama y contempla sin cesar el misterio de la Trinidad quien, desde esta tierra, quiere morar en nosotros. Le gustaba repetir: “ya vivo la gloria en la tierra”

Somos hijos del Padre

Este primer encuentro de Teresita con Marcelo Van es de verdad extraordinario. Sólo puede uno dejarse conmover. Al parecer, jamás se cavó tan hondo en la expresión del amor divino (grandeza - intimidad - condescendencia)

Podemos extrañarnos, de buenas a primeras al leer “Sí, Dios es nuestro Padre, nuestro verdadero Padre, Padre muy real, y no padre adoptivo...” bien parece esto oponerse a lo que dice San Pablo: “Por eso no recibisteis un espíritu de esclavos para caer de nuevo en el temor; recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abba! ¡Padre! El mismo Espíritu se junta con nuestro espíritu para atestiguar que somos hijos de Dios” ... (Rom. 8,15 - 9,4)

“Pero al llegar la plenitud de los tiempos, Dios mandó a su Hijo, nacido de una mujer, nacido súbdito de la ley, para rescatar los súbditos de la ley, para conferirnos la adopción filial” (Gal. 4, 4-5)

“Decidiendo Dios de antemano, que seríamos para Él hijos adoptivos por Jesucristo” (Ef. 1,5). Pero pienso que San Pablo habla de la filiación por participación respecto a la filiación por naturaleza (la del Hijo único).

Santa Teresita ve aquí nuestra filiación como la ve San Juan: “Ved qué manifestación de amor nos dio el Padre para que se nos llame hijos de Dios ¡Y lo somos!”(1 Jn 3,1). En este caso la adopción filial no es ante todo un derecho jurídico a una herencia sino una realidad ontológica, un don de la persona misma del Espíritu Santo. La adopción humana, jurídica, legal, natural, no es de este orden. El niño a quien se adopta no recibió la vida de sus padres adoptivos, aun cuando recibe todo su amor como los hijos naturales.

Es, pues, de distinguir:

- la filiación por naturaleza, la del Hijo único de Dios y Dios mismo
- la filiación por participación (“partícipes de la naturaleza divina” 2 P 1,4) en la que recibe uno la vida de Dios. Dicha filiación, le llama el apóstol “adoptiva” respecto a la filiación por naturaleza del Hijo único: “Mi Padre y vuestro Padre” Jn 20, 17 (distinción y al mismo tiempo asimilación por la redención).
- la filiación adoptiva, simplemente humana, jurídica, natural, legal, que no es una realidad ontológica.

En el texto a que nos referimos, Teresita explica a Van, que Dios no es un padre adoptivo según el sentido humano, sin consecuencias ontológicas. Es, de verdad, nuestro Padre, pues, por su voluntad, participamos de su naturaleza divina, somos de la raza de Dios (Hechos, 16,29); es, pues, para nosotros “nuestro Padre, nuestro verdadero Padre, Padre muy real”.

Dom. Miguel Imagghue, m.b.

Van tenía mucho cariño, natural y sobrenatural por su papá. Preso éste de una afición excesiva al juego y al alcohol, provocaba numerosos sufrimientos entre los suyos. Al escribirle en octubre de 1946, trata Van de razonarle. He aquí lo que dice del padre de familia:

“Querido papá, ¿cómo debe portarse un padre de familia? Pienso que ya lo sabe de sobra papá, un padre de familia debe tener un corazón lleno de bondad y condescendencia. Dios es nuestro Padre, y nos llama sus hijos. Es nuestro Padre, porque es infinitamente bueno... Si Dios nuestro Padre no tuviera bastante bondad, no merecería ser llamado padre, porque para ser llamado con este nombre de padre, hace falta tener en el corazón una verdadera bondad. Ahora bien, en la familia, Dios quiere que alguien sea padre en su lugar, para manifestar a sus nenitos la bondad y el cariño de su corazón. Papá, su papel es, pues, tener el puesto de nuestro verdadero Padre del cielo, para manifestar su bondad para con nosotros...”

Van en la Costa de Marfil Testimonios de dos seminaristas

Febrero de 1999

Me llamo Rolando Isidoro, seminarista mayor de la diócesis de Yopoungon, y curso el “selectivo” en el seminario Santa Teresita del Niño Jesús, en Issia (Diócesis de Daloa)

Grande fue mi alegría al recibir el libro “el amor no puede morir”, vida de Marcelo Van antes de las vacaciones de Navidad de 98, dado por el nuncio apostólico Luigi Ventura el 18 de diciembre.

Por eso va creciendo en mi esta alegría tanto más cuanto que lo que cabe en el libro despertaba e iba aumentando mi fe.

Para mí es la oportunidad también de dar gracias a Dios de quien sólo soy el humilde siervo. En el encuentra toda mi actividad su fuente, su razón de ser, su fuerza y su cumplimiento. Tal es el ejemplo de Marcelo Van con su devoción mariana.

Por la lectura de la vida del hermano Marcelo fue mi alma, como que invadida por un sentimiento que nunca había probado antes. Quedé profundamente rodeado por el amor que tenía el hermano Marcelo por Cristo y por consiguiente, por el prójimo. La lectura de aquel libro fue, para mí, el principio de una nueva vida: una vida que se centra en el amor. Sí, sólo el amor puede hacerme vivir en un mundo como éste, y puedo decir tras el hermano Marcelo que “el amor no puede morir”. Podría esto ayudarme a practicar la virtud para mi futuro pastoral.

Rezaré en unión con Van para que el Señor siga siendo siempre la luz de mi vida y la lámpara de mis pasos.

Rolando Isidoro

Jueves 25 de febrero de 1999

Querida hermana Ana de Blay

Queridos hermanos de Van, ¡Hola!

Recibí su paquete que contenía los 3 libros “El amor no puede morir”, “El amor me conoce”, “el niño de la aurora”, y unos boletines entre los cuales el número 13 al que quedaba adjunto el testimonio de José, el jueves 18 de febrero de 1999 a las 19 hs. después de vísperas. Les agradezco muchísimo, pues estaba contentísimo. Se unen también conmigo el Padre Pablo Pageani (director del seminario), los demás Padres y todos los seminaristas para compartir dicha alegría. Particularmente no ocultó el Padre Pablo su atractivo por Van a toda la comunidad, pues el viernes por la mañana, en misa, nos dio una hermosa homilía comentando las cuartillas blancas tituladas “Testimonio”, el testimonio sobre la Eucaristía en la cárcel. Después de la homilía, el padre Pablo por poco lloró, de tanto como se le conmovió.

Después, se abalanzaron todos los seminaristas para coger los libros que me había mandado usted. Cada uno no dejó de decir lo que le conmovía personalmente. Ahora, a mí se me llama en el seminario, “Amigo de Van”, o a secas, “Van”

Queridos amigos de Van, he de decir que los nuevos documentos de Van que me ofrecieron, me han abierto una nueva vía en la espiritualidad.

P.D. Después de leer casi todos los documentos, dediqué el viernes 19 de febrero, día de cuaresma, “jornada entera de penitencia” a meditar la obra de Marcelo Van y a pedir por ustedes que obran por su beatificación.

Repartí también las fotos de Van entre toda la comunidad. Guardó el Padre Superior las que sobaban para los seminaristas del año que viene.

Les entero de que nos ofreció el libro “el Amor no puede morir” precisamente el Nuncio Apostólico. Pocos días, estuvo con nosotros, firmó todos los libros.

Que les guarde Dios en salud, y que siga realizando lo que ha empezado en ustedes.

Recemos con el hermano Marcelo

Los días maravillosos en los que iba mostrando Teresita a Van el Amor de Dios nuestro Padre ya se fueron hace mucho aunque siguen presentes en el corazón fervoroso del joven redentorista. Viene Teresita a consolarle y animarle por hermosas poesías, ayudándole a expresar los sentimientos de su corazón.

Esperando al Dios de Amor (el Bien Amado)

Mi hermanito está sentado, tiene sueño. Veo la tristeza reflejada en su rostro. Su mirada fija expresa un fervoroso anhelo, mientras que en su alma dominan la incertidumbre y el asco.

Hermanito mío, abre los ojos de par en par con la luz de la fe, mira atentamente, siempre moras en el corazón del amor. Hermanito, si la puerta del amor queda cerrada, en adelante, esta puerta se abrirá de par en par, y entonces, ¡qué felicidad para tu corazón. Ser abrazado del todo en el fuego del amor!

Hermanito, te doy un beso. Cuánto me agrada tu amable sonrisa, y cuánto alegra el corazón del Amor. Hermanito, te como a besos sin cesar, recojo cada una de tus lágrimas, acudo a ofrecérselas a aquel a quien amas, declarándole amistosamente que tienen su fuente estas lágrimas en el amor.

Hermanito, ¿por qué tanta tristeza? Sólo estaré tranquila si me das una sonrisa. Te amo mucho, hermanito, jamás me animaré a abandonarte. Estos son mis consejos, hermanito. No te olvides de guardarlos, en adelante.

18 de noviembre de 1965, Col. 143 - 144

Hermanito, permanece firme en la caridad
(cantado por mi hermana Teresita sobre una música vietnamita)

Dígase lo que se quiera, hermanito, la parte tuya, es sufrir sin cesar. En las penas tanto las interiores como las exteriores, hermanito, sigue este consejo. Estés doliente o preocupado, sigue sonriendo y guarda la paz del corazón. Que te traten bien o mal, no te olvides nunca del deber de la caridad. Te lo repito sin cansarme, hermanito. Quédate en paz, en el amor de Dios y del prójimo. Pero pasa que sigues llorando, hermanito.

Pongo un beso en las mejillas rosas de tu alma. Se va calmando la tempestad, hermanito, duérmete en paz en el lecho del amor.

18 de noviembre de 1965, Col. 147 - 148

Hermanito mío

En la barca del amor, remas y dirijo el timón. Boguemos a toda vela hacia la celeste ribera. Qué gozo para mí y para ti, hermanito, cuando, al llegar al puerto, divises al Amor. Gozamos entonces una felicidad absoluta en la unión eterna con el Bien Amado.

Sin embargo, hermanito, sigue luchando la barca con las olas; sé muy valeroso!...

Mientras remas, guío el timón.

18 de noviembre de 1965, Col. 143 - 144

FIN DEL BOLETÍN Nº 16, JUNIO DE 1999